



Manuel Silva de lobo a lobo

por Antonio Skármeta



¿Será demasiado incompatible decir que Manuel Silva Acevedo ha publicado un incommensurable libro cuya materia es la poesía? Este *Canto rodado*, salido de los hornos de Editorial Universitaria, es un texto hecho de detritos, naufragios y finales melancólicos, sin joyas ni oropeles, con rústicas piedras en los bolsillos de pantalones raídos. He aquí el duro monólogo de un solitario con su alma, el climax de un dolor que detecta con el mayor despojo donde está la concreta imagen de lo que expresa. Para compararse estilos: Lihn apuntaba "Puede escribirse hoy vivo", en tanto Silva acota "Estación terminal todos los pasajeros descendentes del carro de la derrota, menos uno./La poesía me salva de morir/ como un perro".

Curioso peldadito en el cual se achica Silva para hacer gran poesía. Ahí lo tenemos, haciendo el recuento desencantado de sus carencias, limando los perfiles de su angustia, volando mientras da cuenta de cuán rotas están sus alas. Al borde de la total nulidad y reclamando su derecho a la "crisis", se permite sin embargo este "apercuista".

¿Dónde quedó mi fervor por la palabra, en qué cajón del mueble de mi cuerpo/ debajo de qué ropa? ¿Réstame una sola muda/ en mi extrema casaca indumentaria".

Me conmueve esta sumisión del poeta Silva a sus despojos, la láspica entrega con que se pone a disposición de Dios. Pero tanto como eso me emociona un rasgo de su lírica, que atranca triunfal con *Perturbaciones* en los años setenta, y pasa por *Terrorres diurnos*, por *Desandar la andada* y por *Monte de Venus*: el histrionismo. No empleo este término en



Manuel Silva Acevedo, el vate que cambió la juega por los santos.

un sentido despectivo; al contrario, quiero designar con él el gesto poético que muestra con precisión la cosa y que se muestra soberano al mostrarlo. ¿Manuel Silva mudo? Conforme. ¡Pero cómo administró esa mudez!

Conozco a este poeta donde él flico. Estudiábamos juntos en el Instituto Nacional, primer foco de luz de la nación, como propone su himno. Nosotros íramos las sombras que daba el foco.

Escribíamos en una academia de letras donde los vates se trenzaban en ver-

sos o cuentos kafkianos, y que nosotros usábamos como madriguera para cazar licencias o abismos de los primeros años de la universidad. Silva estaba ávido de nodos de damas de dentística o leyes, de muslos flámigeros de chicas de arquitectura o sicología. Era un maravilloso pecador, no el hombre santo de sus actuales hábitos, de sus nuevos supuestos franciscanos y del rigor de los despojos.

Manuel Silva era un príncipe de las esquinas. Como los canarios, siempre parecía estar febril. Lo recuerdo más cerca de las nalgas de mujeres pálidas y ardientes, fumadoras de Richmond y de ojos nublados, que de los santos en las parroquias; más próximo a la delantera del "bullet azul" con Carlos Campos perforando mallas, que de las velas mortecinas en las iglesias. Nunca tuve mejor compañero que él para jugar al taca taca y al flipper, para comer completos en el Bahamondes, para recitar a Baudelaire y Walt Whitman, para cantar en un inglés fonético y chapurreado las canciones de los Platters.

Solía vestir un esmo sobretodo que empujaba levemente hacia adelante su flaco esqueleto y los ojos le brillaban bajo sus pestañas cargadas de elementos legatosos, de humo y de noches de insomnio. Todo lo que decía era poesía. No

me refiero a la poética como ornamento de lo real, sino como hambre de la realidad en el punto en que ésta tambalea. Era un hombre eléctrico y electrizante. El espectáculo lo conmovía y lo angustiaba, desde la poesía surrealista, pasando por los simbolistas, el *Cantar de los cantares*, los antropistas, el beatnik y esos malféficos cocteles de las fiestas adolescentes. Era un inconforme y pesimista profesional. Más que vivir en el país concreto llamado Chile, vivía en un país lírico que trasladaba portátiles, melancólico y locuaz. Con frecuencia las capas telúricas de ambos continentes se desplazaban y, en la vida de Manuel Silva Acevedo, se producían depresiones, crisis, atencas nihilistas y revelaciones religiosas que lo acometían entre cubas libres y pastillas de laboratorio Winthrop, donde trabajó como propagandista médico repartiendo a granel entre sus amigos Conchal con los que mitigáramos las monas después de las faras. La santidad lo tiraba, pero también el morecuembé. Es decir, podía oscilar entre comenarse con apetito de guandabosques un hot-dog flamante o contemplar durante media hora, y sin atreverse a vulnerar de un mordisco, un trozo del "hermano pan" sobre la mesa.

Ahora que, con motivo de *Canto rodado*, los críticos católicos celebran la alta poesía de Silva como la de un clásico contemporáneo, ahora que el mismo poeta ha decantado en un ser altamente espiritual, quiero —por capricho de mi voluntad— saludar al chico golfo, despiñado, irreverente y hereje de otros años, con la cordial envidia de quien no prosperó y se quedó en los malos hábitos. ■

Quincena del 24 de julio al 7 de agosto

Manuel Silva Acevedo de lobo a lobo [artículo] Antonio Skármeta.

AUTORÍA

Skármeta, Antonio, 1940-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Manuel Silva Acevedo de lobo a lobo [artículo] Antonio Skármeta. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile